

**Alice M. Ramos. Ed. *Beauty and the Good: Recovering the Classical Tradition From Plato to Duns Scotus*. Washington, D.C.: The Catholic University of America Press, 2020. 415 p. ISBN: 9780813233536. Hardcover: \$ 75**

Reseñado por FRANCISCO JAVIER ORMAZABAL ECHEVERRÍA  
 Universidad de Navarra  
 formazabal@alumni.unav.es

Este libro editado por la profesora Alice Ramos se propone una recuperación de una perspectiva estética tradicional “que enlaza la belleza con el ser y la verdad” (4), pero una recuperación renovada, que redunda en la actualidad – en la trascendentalidad, habríamos de decir – del estatus ontológico de esa belleza como resplandor del ser, como lo deseable o lo bueno del ser en su verdad.

El enfoque del libro es eminentemente histórico: como ya sugiere el subtítulo, los artículos presentes irán mostrando el desarrollo gradual de una herencia que nace de autores antiguos y acaba – muere o es desterrada – en la Edad Media tardía. No obstante, los planteamientos éticos, metafísicos, epistemológicos y psicológicos presentes en esta obra también constituyen una aportación explícita a la renovación contemporánea de la belleza y de la bondad. En el primer artículo, D. C. Schindler pone de relieve el concepto básico de la belleza como principio de orden en el *Banquete* de Platón. La belleza es mediadora entre trascendencia e immanencia por ser lo absolutamente último y lo absolutamente primero en la jerarquía ontológica, la meta de nuestras acciones y el inicio de nuestra percepción que nos saca de nosotros mismos para buscar en la esfera ideal. “La belleza llama cada vez más arriba, paradójicamente, al estar ya presente abajo” (39). A continuación, Eric D. Perl continúa la estela del intelectualismo griego en su estudio de la belleza y el bien según Tomás de Aquino. También en Aristóteles y en Plotino, se nos dice, hay una equivalencia entre bien y verdad, en el primero porque la forma es también la belleza de la cosa – y la búsqueda de la inteligibilidad de las cosas es, por lo tanto, la búsqueda de su belleza –, y en el segundo porque, si algo es inteligible, satisface la mirada del conocimiento, luego es bello. En esta base encuentra Perl el trasfondo sustancial del intelectualismo clásico que luego se comunicará en la obra de Aquinate.

Aunque también Perl lo tome muy en cuenta, es Michael Pakaluk quien pone el foco de atención sobre la “belleza ética” en el pensamiento clásico. Su artículo explica que la razón de que Aristóteles no dé cuenta explícita del *kalon* podría residir en la común comprensión – en la “obviedad” – de la que partía su audiencia. Esta obviedad, explica Pakaluk, se sostendría sobre a) la noción platónica de la belleza como inteligibilidad de las formas, b) el campo de batalla como paradigma privilegiado para la ilustración del *kalon*, y c) el *leitmotiv* aristotélico de que el fin de la acción consiste en su conformidad con un ordenamiento antecedente asistido por las emociones del agente. Mark K. Spencer contribuye en el estudio de la propuesta moral aristotélica introduciendo la necesidad de la aprehensión de la belleza. Aunque no explícitamente, Aristóteles sí explica el modo de conocer el *kalon*, y

Spencer llama la atención sobre el hecho de que este modo equivale a la manera por la que, según la escuela filosófica fenomenológica, experimentamos la belleza. Para concluir con el filósofo macedonio, Jonathan J. Sanford conecta el *kalon* aristotélico con el *bonum honestum* tomista, ese bien que “merece honor por su belleza espiritual” (124). Su artículo explora cómo Aristóteles y Tomás de Aquino conciben la belleza en relación con las virtudes, al mismo tiempo que proporciona una visión aristotélica-tomista sobre la justicia como virtud.

También el estoicismo influyó en el Aquinate, como explica Mary Beth Ingham. En concreto, es el “bien en sí” Cicerón el que forma la base para el *bonum honestum*, que Tomás toma del programa estoico moral de auto-reflexión y de conversión al *kalon*. Entre éste, Séneca, Epicteto y Marco Aurelio, la filosofía estoica demuestra haber aportado al esquema un modo de vida acorde con el *Logos* y cuyo carácter consiste en “la completa armonía de las palabras y los actos con el orden de la Naturaleza” (147). Pero Tomás no es el único autor medieval cristiano que toma la doctrina estoica como lugar de esplendor del *kalon*. Paige E. Hochschild apunta también a Cicerón al hablar de las consideraciones estéticas de San Agustín. Este Padre de la Iglesia concebirá la bondad de la creación desde la bondad de la eterna belleza de Dios en *De vera religione*. Dios es la única fuente de la belleza intrínseca de las cosas, Cristo es la medida de la belleza de la pedagogía moral según nuestra conformidad con él, y el progreso espiritual e intelectual del hombre se lleva a cabo gradualmente en el tiempo de tal modo que la belleza de la obra providencial de Dios se hará visible en la belleza de todas las cosas.

Otro padre de la Iglesia con una estética trascendental innegablemente influyente fue Pseudo Dionisio el Areopagita. Brendan Thomas Sammon explica en que, a pesar de que el filósofo heredase una concepción estética marcadamente neoplatónica, se aleja del platonismo pagano al identificar a Dios con la Belleza y al defender tenazmente la doctrina de la Encarnación. A pesar de la importancia del Areopagita, Boyd Coolman ve en la obra de Hugo de San Victor la primera estética auténticamente teológica cristiana. Hugo, nos dice Coolman, se adelanta incluso a von Balthasar en sus ideas acerca de una estética teológica cristiana; más aún, insistiendo en la experiencia que Dios tiene de la belleza, desarrolla una estética profundamente teocéntrica que lleva a cabo una clase de “revolución copernicana” en sus reflexiones sobre la belleza. Por su parte, según analiza Martin J. Tracey, Alberto Magno respalda la perspectiva de Aristóteles sobre la felicidad, la cual se describe como la combinación de lo bello, lo útil y lo placentero. Alberto sostiene que la felicidad es, en efecto, bella, y además, explica que la belleza es un atributo tanto de los cuerpos como de las mentes. Asimismo, plantea que el placer puede ser concebido de manera material y mental. No obstante, como es de esperar, el maestro de Tomás niega que la felicidad de la actividad contemplativa aristotélica pueda ser completamente placentera o plenamente alcanzada en esta vida.

En su artículo, Christopher M. Cullen nos presenta la teoría bonaventuriana de las artes, que pueden llevarnos hacia Dios si el alma se despierta a los modos en que Dios se encuentra presente en ellas. En esto la belleza jugará el papel de mostrar a la mente el principio último de la unidad y la grandeza de las artes. Asimismo, el profesor Cullen explica detalladamente

las razones – presentes en Buenaventura – por las que el mundo medieval girará hacia el naturalismo. Toda esta teoría del fraile franciscano será luego extendida por Hans Urs von Balthasar en su obra de estética teológica. Mark McInroy estudia cómo la *ratio pulchri* medieval, a juicio de von Balthasar, añade al ser la manifestabilidad sensitiva, resultando para nosotros en asombro y perplejidad y constituyendo así un importantísimo factor para la aprehensión del ser.

*Pulchra enim dicuntur quae visa placent*<sup>1</sup>: Daniel D. De Haan explica a fondo la concepción tomista de la belleza, dando pistas sobre cómo conectar la percepción estética con la doctrina tomista de la belleza. Según De Haan, la belleza sí sería un trascendental por cuanto “añade una noción nueva al ser, es decir, una perfección de un nexo de cognición y de apetición que no es significado por la cognición en sí ni por la apetición en sí” (201). La noción tomista de la bondad intrínseca, por otro lado, llegará hasta Juan Duns Escoto a través del argumento de Alejandro de Hales según el cual el *bonum honestum* puede ser considerado en términos de belleza inteligible. En su contribución, Mary Beth Ingham propone un enfoque estético para considerar el razonamiento y juicio moral en la obra de Duns Escoto. Tal proposición es lícita, en primer lugar, porque para Duns Escoto la verdad es un reconocimiento moral de tipo auditivo, y, en segundo lugar, porque cree que la voluntad es la única potencia racional. A partir de aquí, Duns Escoto argumenta que una persona moralmente madura es capaz de tener una experiencia directa de la bondad moral, la cual se manifiesta como belleza.

Por último, tenemos el artículo de la profesora Ramos, donde podemos leer sobre cómo el arte contemporáneo ha llegado en ocasiones a profanar la belleza y a distorsionar la realidad – también y sobre todo la de la persona humana. Ramos dirige la mirada a las diferencias radicales entre la doctrina platónico-tomista y el *hummus* estético del mundo actual, que rechazando la fe religiosa lleva a cabo una iconoclastia anti-occidentalista. Según la profesora Ramos, la fe y el deseo natural de Dios contribuye a una mejor comprensión de la belleza, una que en lugar de alejarnos nos acerque al bien y a la verdad.

No cabe duda de que *Beauty and the Good* es una obra imprescindible para cualquier persona interesada en la filosofía de la estética y la belleza, que proporciona una comprensión sólida y detallada de la tradición clásica, así como una crítica y evaluación de las teorías modernas en este campo.

---

<sup>1</sup> ST I, q. 5, a. 4, ad 1.